

UNA TRADUCCIÓN DE LA HAQDAMAT HA- MĚHABBER

DEL ME'AM LO'EZ YĔŠA'YAH

ANA M. RIAÑO LÓPEZ
Universidad de Granada

Cuando en 1960 tres de los más prestigiosos investigadores del sefardismo, O. Camhy, C.M. Crews y M. Molho, ofrecieron a un público siempre minoritario sus respectivos trabajos sobre el *Me'am Lo'ez*,¹ la gran obra de Y. Kul•lí,² no cabe duda de que abrieron, junto con la década, nuevas vías de acceso al más rico tesoro de las letras judeoespañolas.³

Ya por aquellas fechas el Prof. Pascual Recuero daba los últimos retoques a su tesis doctoral sobre el *Me'am Lo'ez Ester*, iniciando así en España la transliteración

1. Véase los artículos "Littérature ladino. Une grande oeuvre de Jacob Culi: Le Meam Loez", de O. Camhy, en *Le Judaïsme Séphardi*, 19, Londres 1960, pp. 829-831, que incluye la transcripción de un fragmento de la *Haqdamah* general del *M.L.*; "Extracts from the Meam Loez (Genesis) with a Translation and Glossary", de C.M. Crews, en *Proceedings of the Leeds Philosophical and Literary Society, Literary and Historical Section*, 9, Leeds 1960, pp. 13-106. La obra de M. Molho, *Literatura sefardita de Oriente*, C.S.I.C., Madrid-Barcelona 1960, contiene un capítulo en la sección cuarta (pp. 242-292), dedicado al *M.L.* con selección de textos transcritos de ocho de los libros que lo integran.

2. Para la biografía de Kul•lí véase, entre otros, L. Grünhut y M. Kayserling, "Jacob Culi", *The Jewish Encyclopedia*, New York 1905, IV, p. 383; M. Molho, "El humanista R. Yaaqob Kuli", *Tesoro de los judíos sefardíes*, Jerusalem 1962, V, pp. 80-94 (en hebreo) y "Jacob Culi", *Encyclopaedia Judaica*, Jerusalem 1971 ss., 5, pp. 1.154-1.155.

3. Para una visión general sobre esta literatura y en particular del lugar que ocupa en ella el *Me'am Lo'ez*, véase, además de los citados, los siguientes trabajos: Iacob M. Hassan, "Hacia una visión panorámica de la literatura sefardí", *Actas de las Jornadas de Estudios Sefardíes de 1980*, Cáceres 1981, pp. 51-68, y "Visión panorámica de la literatura sefardí", *Hispania Judaica*, Barcelona 1982, II, pp. 25-44; Elena Romero, "Generalidades acerca de la literatura judeoespañola", *Los sefardíes: Cultura y Literatura*, dirigido por P. Díaz-Mas, VI Cursos de Verano en San Sebastián, Universidad del País Vasco 1987, pp. 87-102; M.J. BENARDETE, "Cultural Erosion Among the Hispano-Levantine Jews",

y estudio de la citada enciclopedia, junto con el entonces Catedrático de Lengua y Literatura hebreas de la Universidad de Granada, D. David Gonzalo Maeso, a quien después permaneció unido en la labor de transcripción del *Me'am Lo'ez Génesis*, durante varios años.⁴ Ambos habían dado vida a un ambicioso proyecto de investigación,⁵ canalizado a través del desaparecido Instituto Ibn Tibbón y de la Cátedra de Hebreo de la Universidad de Granada, que, por desgracia, quedó posteriormente truncado por problemas económicos y no por falta de interés y dedicación de ambos profesores.

Aunque no tantos como sería deseable, desde entonces hasta hoy han sido y son varios los estudiosos de esta literatura exegética en ladino, que han vertido a otras

Homenaje a Millás Vallicrosa, Barcelona 1954, I, pp. 125-154; Henry V. Besso, "Literatura judeo-española", *Thesaurus*, Boletín del Instituto Caro y Cuervo, Bogotá 1962, XVII, 27 pp.; M. Morreale, "Libros de oración y traducciones bíblicas de los judíos españoles", *Boletín de la Real Academia de Bellas Letras de Barcelona*, XXIX, 1961-2, pp. 539-550; Haïm V. Sephiha, *L'agonie des judéo-espagnols*, Paris 1977, p. 33 y *Le judéo-espagnol*, Paris 1986; M.D. Ga'on, *Maškiyôt lëbab'al Me'am Lo'ez, gilgûlô wë-gôralô šel sefer qore' ha-dôrôt ba-lašôn ha-espanyolit*, Jerusalem 1933; M. Molho, *Le Meam Loez, encyclopédie populaire du séphardisme levantín*, Thessalonique 1945, 29 pp.; P. Pascual Recuero, "El Me'am Lo'ez de Ester" *M.E.A.H.*, 10, 2º, Universidad de Granada 1961, pp. 65-95; D. Gonzalo Maeso y P. Pascual Recuero, *Me'am Lo'ez. El gran comentario bíblico sefardí. Tomo preliminar: Prolegómenos*, Madrid 1964; Iacob M. Hassam, *Me'am Lo'ez. El gran comentario bíblico sefardí ...*, por D. Gonzalo Maeso y P. Pascual Recuero (recensión), *Sefarad* XXVI, 1966, pp. 449-454; D. Gonzalo Maeso y P. Pascual Recuero, *Me'am Lo'ez. El gran comentario bíblico sefardí. Me'am Lo'ez B'-re'šît (Génesis)*, un tomo en dos partes: 1ª, Gn 1-25, 18; 2ª, Gn 25, 19-50, 26. Madrid 1969-70; P. Pascual Recuero, *Me'am Lo'ez. El gran comentario bíblico sefardí. Me'am Lo'ez, Ester*, t. XIII, Madrid 1974; Luis Landau, *Content and Form in the Me'am Lo'ez of Rabbi Jacob Culi* (tesis doctoral), Jerusalem 1980, e "Išubah šel ha-'agadah ha-daršanit be-sefer Me'am Lo'ez", *The Sephardi and Oriental Heritage*(studies), Misgav Yerushalayim, Jerusalem 1982, pp. 213-224; A. Llamgot, "El Meam Loez, un Compendio de Sabiduría Bíblica", *Sefárdica* I, 1, Buenos Aires 1984, pp. 135-138; A. Perets, "La deskvierta de las pajinas pedridas del Meam Loez, Devarim", *Aki Yerushalayim*, 24-25, Jerusalem Avriil 1985, pp. 35-39; A. M. Riaño López, "El Meam Loez Yeshaya", *Aki Yerushalayim*, 34-35, Jerusalem Sep.-Dis. 1987, pp. 10-11. Obra de carácter general y de indudable interés para la comprensión del sefardismo es *Los sefardies. Historia, Lengua y Cultura* de Paloma Díaz-Mas, Barcelona 1986, especialmente el capítulo dedicado a la literatura, pp. 131-182, y en concreto las 135-136, referentes al *Me'am Lo'ez*.

4. El Prof. Pascual Recuero presentó su tesis doctoral el 18 de mayo de 1961, con el título *El Me'am Lo'ez, Ester. Introducción, estudio, texto transcrito y comentario*, en tres volúmenes, y obtuvo la máxima calificación del Tribunal constituido por el director de la tesis, el Dr. D. David Gonzalo Maeso, como Presidente, y los Doctores D. Luis Seco de Lucena Paredes, D. Federico Pérez Castro, D. Manuel Alvar López y D. Darío Cabanelas Rodríguez. Posteriormente se le adjudicó el Premio Extraordinario del Doctorado correspondiente a ese bienio. Véase la bibliografía de Pascual Recuero y Gonzalo Maeso referente al *Me'am Lo'ez* en la nota anterior.

5. Cfr. D. Gonzalo Maeso y P. Pascual Recuero, "Nuestra edición del Me'am Lo'ez", *M.E.A.H.*, vol. XXIII, 2º, Universidad de Granada 1974, pp. 113-116.

lenguas⁶ algunos de los libros que componen este amplísimo comentario bíblico, que tan vasta y justificada difusión tuviera entre los judíos desterrados de Sefarad.

Pero no trataremos de recordar aquí la ya tantas veces reconocida influencia que esta obra ejerció en el ámbito levantino de la diáspora. Sólo insistiremos un poco más en el interés suscitado por el *Me'am Lo'ez* en la investigación contemporánea, interés que nos llevó a ahondar en los entresijos del *Me'am Lo'ez Yĕša'yah*⁷ y a experimentar algo ciertamente novedoso como es la traducción al español de nuestros días de la *haqdamah* de Abbá,⁸ toda vez que ya la habíamos transcrito, junto con el comentario completo al profeta Isaías.⁹

Percibimos en dicha Introducción del autor dos planos que redundan en el carácter informativo del cual se precian las *haqdamôt* del *Me'am Lo'ez*.¹⁰ En el primero de ellos aborda Abbá, con un claro sentido didáctico,¹¹ el desarrollo de la producción literaria religiosa judía y de su investigación, desde Moisés hasta los escritores coetáneos del autor,¹² en el que incluye datos interesantes sobre la génesis del *Me'am Lo'ez* y acerca de los autores que lo realizaron.

6. Al hebreo, por S. Yerusalmi, Jerusalem 1967-1976, XI vols., que contienen el Pentateuco, Josué, Jueces, I Samuel, Ester, Eclesiastés y Abot; al árabe, transliterado en la imprenta de Abraham Laasrí con el título *Patšégen ha-Kĕtab*: 1. Argel 1886, 260 folios (*Bĕ-re šĕr-Noah*), 2. Yerba (Túnez) 1889, 17 + 96 folios (*Lek-lĕka-Tôldot*), 3. Argel 1891, 252 pp. (*Wa-yeše-Wa-yĕhĕ*), 4. Argel 1894, 8^o 243 pp. (*Sĕmôt-Bo*); al inglés, *Yalqût Me'am Lo'ez*. The Toráh Anthology, traducción y notas de A. Kaplan, New York-Jerusalem 1977-1985, 18 vols. que contienen el Pentateuco. Del mismo autor es la traducción del *Libro de Ester*, 1978, 16 + 252 pp., y *La Haggadáh de Pascua*, 1978, 10 + 278 pp. (tomado del *Me'am Lo'ez Exodo*, 1734); al alemán, por A. Goldberg, *Me'am Lo'ez: Diskurs und Erzählung in der Komposition: Hayye Sara, Kapitel I*, Frankfurt 1984, VI + 210 pp.

7. Fruto de esa inquietud fue la elaboración y presentación en junio de 1987 de mi tesis doctoral, que con el título *Me'am Lo'ez Yĕša'yah* (tomo I: transcripción del texto; tomo II: estudio e índices) fue dirigida por el Dr. Pascual Recuero, Prof. Titular del Dpto. de Estudios Semíticos de la Universidad de Granada, y calificada con la máxima puntuación.

8. Nos referimos a la Introducción que *Yiřhaq Yĕ ūdah Didĕta' 'Abba'* antepuso a su obra, el *Me'am Lo'ez Yĕša'yah*, libro de reducidas dimensiones, tipografiado con caracteres *raši* en las prensas salonicenses *'Eř ha-hayyim*, que fue publicado en 5652/1892 por Mordekay Kastro y Jacob Samuel. Consta en total de 208 hojas numeradas, y su *haqdamah*, que es objeto del presente artículo, se compone de trece páginas (de la dos a la ocho).

9. Véase A. M. Riaño López, *Me'am Lo'ez Yĕša'yah*. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Granada (en prensa). Es en la transcripción de dicha *haqdamah* en donde hemos insertado las pertinentes notas aclaratorias a la misma.

10. Cf. D. Gonzalo Maeso y P. Pascual Recuero, *Me'am Lo'ez. El gran comentario bíblico sefardí. Tomo preliminar: Prolegómenos*, Madrid 1964, pp. 135-174.

11. Téngase en cuenta que el autor era profesor de religión en una escuela primaria de Salónica (cf. más abajo, en la traducción de la Introducción, "Dificultades superadas"). Por otro lado, el tono didáctico es una constante en los diversos autores del *Me'am Lo'ez*, ya que su destinatario era el pueblo necesitado de aprendizaje y adoctrinamiento.

12. En este recorrido Abbá siguió de cerca la exposición que Kul'Íf hizo en su Introducción general al M.L. (cf. D. Gonzalo Maeso y P. Pascual Recuero, *op. cit.* en nota 10, pp. 135-148). En adelante, las

El segundo plano, en el que Abbá sigue los criterios de sus antecesores, nos aproxima a su personalidad, haciendo hincapié en justificaciones, a veces extremas, de su actividad exegetica, sin eludir los viejos motivos de orden religioso acrecentados en su tiempo por la evolución que había experimentado aquella sociedad de fines del siglo XIX, a tenor de los avances técnicos y científicos que habían provocado entre sus correligionarios pobreza y relajación espirituales.¹³

Algunas puntualizaciones más sobre las contrariedades que tuvo que superar para llevar a buen término su comentario al Libro de Isaías anteceden a un final lleno de deprecaciones que son, de nuevo, remedo del sentimiento suplicatorio prodigado desde antiguo en la literatura judía por este tipo de obras.

Cabe decir, finalmente, que, por un lado, hemos fraccionado el texto y titulado según los contenidos, reconvertido fechas y recogido en un cuadro los nombres de los sabios en virtud de la relación maestro-discípulo, y, por otro, clarificado dicho fragmento del impreso (que es no menos sorprendente en heterogeneidad que el resto de la obra), en el que se dan cita además de la riqueza y diversidad léxica propias de esta lengua en fase de marcada contaminación de extranjerismos, la abundancia de términos, frases y siglas en hebreo.¹⁴

Conviene aclarar que con la traducción libre de la *haqdamah* del *Me'am Lo'ez Isaías*, que ofrecemos a continuación, no hemos pretendido más que acercar a nuestra sensibilidad idiomática actual lo que fuera expresado en ladino hace casi un siglo.

Introducción del autor

Antes de comenzar esta modesta obra, convendría hacer un resumen de la historia de la lengua hebrea y de los libros que sobre la Ley se han escrito desde la Antigüedad hasta nuestros días.

En el 1312 a.C., Moisés recibió la Torá en el monte Sinaí, y con ella los 613

diferencias son mucho más ostensibles, puesto que Kul•lí dedicó gran parte de su *haqdamah* a explicar la estructura global de su magno proyecto (cf. *ibid.*, pp. 148-174).

13. Recuérdese que el panorama literario sefardí, hasta entonces monopolizado por los géneros de corte tradicional y religioso, se había visto ampliado y diversificado con la llegada de los llamados "géneros adoptados" (cf. P. Díaz-Mas, *op. cit.*, pp. 166 ss).

14. En el *Me'am Lo'ez Yěša'yah* hemos contabilizado que los extranjerismos (en mayor proporción las palabras de origen turco e italiano; le siguen las que provienen del hebreo, del francés, del árabe, del griego, del latín y algunas del rumano y del gótico) vienen a ocupar, aproximadamente, un 15% del vocabulario, siendo la *haqdamah* la parte del impreso en donde se hace más notoria la presencia de hebraísmos. Respecto a la profusa utilización del hebreo que caracteriza a este tipo de obras, Cfr. *Un tratado sefardí de moral*. Transcripción, estudio, notas e índices por Ana M. Riaño López, Barcelona 1979, p. 18 ss.

preceptos que señala la Ley, por lo que aquella generación supo entonces con certeza que Dios Bendito había explicado a Moisés el significado de todas las normas reveladas, cuyo conjunto fue denominado Ley oral. Por esta razón tuvo que permanecer en el monte durante 40 días y 40 noches, pues si su misión hubiese consistido solamente en hacerse cargo de los mandamientos, no habría necesitado una estancia tan prolongada.

Pasados cuarenta años, coincidiendo que el día primero del mes era sábado, Moisés convocó al pueblo de Israel, y le dijo:

—Debéis saber, hijos míos, que me ha llegado la hora de abandonar este mundo. Si alguno de vosotros ha olvidado cualquier matiz sobre el contenido de la Ley, puede preguntarme, y yo se lo enseñaré.

Se acercaron a él muchas personas, a las que estuvo aclarando cuantas dudas tenían. Después Josué, que fue su discípulo más próximo, transmitió la Ley a los 70 ancianos, que, de igual modo, se la enseñaron a los Profetas primeros, entre los que se encontraba Samuel, fundador de la congregación llamada “Agrupación de los Profetas”. Dicha institución fue adquiriendo prestigio con el paso del tiempo, de manera que nunca faltaron profetas durante la época del primer Templo, a pesar de que fueron perseguidos por algunos reyes y reinas, como Acab, Jezabel, Joram y Atalía. Todavía perduraba en la cautividad de Babilonia y en los comienzos del segundo Templo, como lo confirman Ezequiel, Ageo, Zacarías y Malaquías.

La época de los profetas más renombrados señala el momento en que la lengua santa había alcanzado su grado más alto de pureza, según se desprende de los fragmentos alegóricos y poéticos que nos legaron Isaías, Jeremías, Joel, Habacuc, Job y algunos más. Pero cuando por nuestros pecados fuimos cautivados en Babilonia, la lengua hebrea comenzó a perder su hermosura al contaminarse de palabras extranjeras, y así lo comprobamos en los libros bíblicos que fueron escritos en aquel tiempo, como Esdras y Ester. Después de estos, surgió Simeón el Justo, considerado el último de todos, que sucedió a Esdras el Escriba en el cargo de Sumo Sacerdote.

De la Ley oral a la Ley escrita

Hasta entonces, la Ley oral era transmitida de memoria de unos a otros, sin que nadie hubiese intentado fijar por escrito la explicación paralela de ningún libro de la Biblia; además, faltaba un sistema de vocales y acentos aplicable en la lectura de aquellos libros, hasta que, según opinión generalizada, fuesen establecidos por los sabios de Tiberíades y admitidos por todos con las características que todavía se conservan. Mucho tiempo después, en el año 150 d.C., surgió la figura de R. Yehudá ha-Nasí, a quien llamaban “el Santo”.

A la edad de 30 años, estaba considerado como el sabio más distinguido de su

tiempo, asegurándose que desde Moisés hasta él no había producido la cultura hebrea un hombre de tan magistral erudición y prudente piedad, capaz de transmitir por escrito toda la ciencia tradicional con estilo tan escueto y correcto. Gracias al prestigio de que gozaba, fue capaz de atraer a los eruditos judíos que había diseminados por toda la tierra y fundar con ellos una especie de academia o círculo intelectual, en el que cada uno exponía sus conocimientos en torno a las cuestiones derivadas de la Torá, los cuales ha-Nasí iba resumiendo y fijando por escrito. De este modo se terminó de codificar la Ley oral, es decir, los seis libros de la *Misná*, en el año 189, equivalente al 121 después de la destrucción del segundo Templo. A partir de aquella fecha, se generalizó en Israel la costumbre de componer y traducir toda clase de obras, con el fin de adquirir conocimientos sobre los mandamientos.

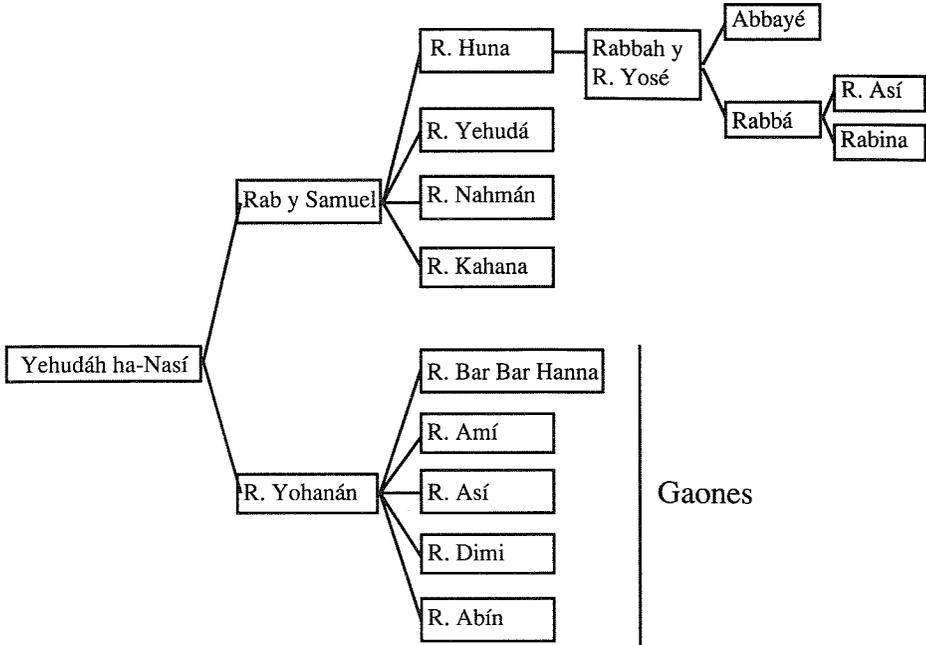
En la escuela de este ilustre personaje, que llegó a vivir cien años, se formaron once excelentes discípulos que aprendieron directamente sus enseñanzas y que, a su vez, las transmitieron a otros muchos. Aquellos fueron:

Simeón y Gamaliel, sus dos hijos	Rabbí Yanay
Rabbí Afés	Bar Qafrá
Rabbí Haniná Bar Hemá	Samuel
Rabbí Hiyá	Rabbí Yohanán
Rab	Rabbí Hosayá

En esa época, R. Hiyá escribió un libro titulado *Toseftá*, mientras que R. Hosayá y Bar Qafrá compusieron la *Baraytá*. Por otro lado, R. Yohanán, que fue presidente de la academia durante ochenta años, completó una primera redacción del *Talmud jerosolimitano* hacia el 240. Todas estas obras fueron escritas con la intención de esclarecer los pasajes de la *Misná*, que elaboró ha-Nasí.

Con el paso de los años, se incrementó considerablemente el número de gentes ignorantes en el mundo, y sólo unos pocos alcanzaban a comprender las *Misnayot*. Por ello surgió la literatura midrásica en la que sobresalieron R. Hosayá, que compuso el *Midrás Rabbá* de Génesis y Números, R. Ismael, que se encargó del resto, y R. Aqiba, autor del comentario llamado *Megiltá* y de una glosa sobre el Levítico, titulada *Sifrá*.

Continuando con los discípulos de ha-Nasí, tanto Rab y Samuel como R. Yohanán formaron una pléyade de destacados legalistas, alguno de los cuales llegaron a ser gaones, que, a su vez, instruyeron a otros no menos nombrados:



Estos últimos señores vivieron en el año 367, que coincide con el 385 después de la destrucción del Templo.

El Talmud

R. Así, que fue presidente de la academia de Sura durante sesenta años, gracias a la protección del rey de Persia consiguió reunir en Babilonia a los doctores del judaísmo dispersos por el mundo, con el fin de recopilar por escrito las disposiciones establecidas desde ha-Qados hasta sus días, conforme las iba recordando cada sabio, pues se había oscurecido en demasía el contenido de las *Misnayot*. De este modo, hacia el 505 quedó concluido el *Talmud bablí*, denominado también *Guemará*, en arameo.

En esta obra se especifica lo lícito y lo prohibido, lo bueno y lo malo, además de otras cuestiones tan importantes que los sabios de aquella generación acordaron que la *Guemará*, a semejanza de la Ley recibida por Moisés en el Sinaí, jamás podría ser refutada por nadie.

Entre las *Misnayot* y la elaboración del *Talmud bablí* mediaron 316 años. Cerca de ochenta dedicaron R. Así y sus colaboradores del tribunal de justicia a su estudio y definitiva redacción. Una vez concluido, lo revisaron repetidas veces, desde el principio hasta el fin, con sumo cuidado, para que, con la ayuda de Dios, no hubiese el más mínimo error.

Gaones

Transcurridos varios años, en momentos que escaseaban los trabajos de erudición, R. Así escribió la *Guemará* en arameo, que era, como el español de hoy, la lengua que hablaba el pueblo, con idea de que la entendiera el mayor número posible de fieles. Pero más tarde, el lenguaje de la *Guemará* llegó a ser tan ininteligible que eran muy pocos los que sabían interpretar la más simple de las normas. Entonces Dios se apiadó de su santa Ley y de su pueblo, y comenzaron a aparecer grandes maestros en Israel, Babilonia, España y Francia, los cuales recibieron el nombre de gaones. Destacó entre ellos R. Serirá Gaón, que fue durante treinta años presidente de la academia de Paras, ciudad que albergaba a unos noventa mil judíos. Cuando aún vivía, nombró sucesor en el cargo a su hijo R. Hay Gaón, al que siguieron R. Yehudá Gaón, R. Isaac Alfasi, de Fez, y muchos más.

El gaonato consistía en presidir la academia y convocar dos veces al año, en los meses de Adar y Elul, a todos los consagrados al estudio de la Torá, los cuales, durante el resto del tiempo, habían permanecido en sus casas aprendiendo las lecciones previamente señaladas por el presidente. En las fechas establecidas, cada alumno debía acudir ante éste para darle cuenta de los conocimientos adquiridos y de las dudas que se había permitido tener. En el caso de que alguno de ellos se hubiese dedicado a holgazanear, olvidándose del trabajo comprometido, procuraba disculparle, y le instaba a que, en adelante, pusiese más atención en el estudio. Cuando se llevaban a cabo las reuniones, el presidente y todos los miembros de la academia se reafirmaban en sus respectivas posturas, respondiendo a las preguntas que les hacían los asistentes.

Otras ocupaciones de los gaones consistían en esclarecer los fragmentos de la *Guemará* demasiado profundos para las mentes populares, y redactar leyes y normas de jurisprudencia.

Tales fueron las principales actividades desarrolladas por las sucesivas generaciones de doctores, desde que se completó el *Talmud* hasta el año 877, fecha en que la situación político-religiosa llegó a ser angustiosa en Israel, y la producción literaria de carácter exegético prácticamente desapareció, al quedar relegada ésta a las obras de los gaones, quienes consideraban que la Ley había sido ya aclarada por completo.

Con el tiempo, el mundo sufrió una serie de transformaciones que provocaron en las gentes el más absoluto desinterés por la ciencia, de modo que la comprensión de las *Misnayot* y de la *Guemará* llegó a ser tan penosa que, cuando se demandaba juicio, no sabían donde se hallaban las leyes pertinentes. Por desgracia, casi había comenzado a olvidarse la Torá.

Maimónides

En aquellos cruciales momentos, surgió la insigne figura del cordobés Maimónides.

Sabido es que su padre, Maimón, Dios lo bendiga, no se sentía inclinado a contraer matrimonio, hasta que una noche soñó que tenía que desposar con la hija de cierto carnicero que vivía en una aldea próxima a la capital. Maimón, al principio, se burló del sueño, pero, ante la insistencia del mismo, no tuvo más remedio que ceder y casarse con la muchacha, quien, a comienzos del mes de Nisán del 1139, dio a luz un hermoso niño y falleció en el sobreparto. Al enviudar, Maimón tomó otra esposa, con la que tuvo más hijos.

De la juventud de Maimónides se cuenta la poca inclinación que sentía por el estudio, y un día su padre se vio obligado a echarle de la casa. Entonces se dirigió a la sinagoga, y allí pasó la noche. Por la mañana inmediata, al despertar, se sintió cambiado por completo y con enormes deseos de aprender. De pronto, se levantó y fue en busca de R. Yosef n. Migas para que le enseñara la Ley.

Pasado mucho tiempo, regresó a Córdoba, pero no a la casa paterna. Cuando llegó el sábado, acudió a la sinagoga, en donde expuso un brillante sermón que sorprendió gratamente a todos. En aquel momento, se acercaron su padre y sus hermanos, quienes le besaron y le llevaron a su casa.

Desde entonces Maimónides se convirtió en un eminente sabio, conocedor de todas las ciencias y escritor de numerosos libros, entre los que hay que resaltar uno muy valioso titulado *Misné Torá*, porque en él están explicadas todas las sentencias y preceptos de la Ley, de manera que, como el nivel de entendimiento de los judíos de su época era bajo, les bastaba con mirar la sección y luego leer en el citado libro para estar informados al respecto. Además, compuso otras muchas obras, como la *Mano o Comentario a la Misná, Guía de perplejos*, etc.

Mientras se encontraba todavía en España, en el año 1148 fue denunciado ante el rey, y tuvo que huir rápidamente, hasta llegar a Egipto. Allí adquirió tanta sabiduría que se hizo famoso en el mundo entero, no sólo entre los judíos, sino también entre los ajenos a la religión mosaica. Su designación como médico personal del rey provocó la envidia de los doctores que atendían al monarca desde hacía tiempo, los cuales no cesaban de proferir insultos contra Maimónides. Para solventar la situación de malestar, el rey convocó a todos a su presencia, sugiriéndoles la manera como podría demostrar cada uno sus conocimientos científicos, mediante la confección de un veneno que sería tomado en primer lugar por Maimónides. En el caso de que éste acertase a superar sus efectos, brindaría a los demás doctores la pócima que él preparase. Y fijaron fecha.

Cuando llegó el día convenido, Maimónides aleccionó a sus discípulos para prevenirles sobre la probable composición del veneno que tuviese que tomar, con el fin de que supieran los medicamentos que deberían administrarle. Los discípulos, al oír semejantes palabras, se entristecieron sobre manera e hicieron ayuno el día completo, suplicando fervientemente a Dios que no dejara morir a su maestro.

Maimónides fue a palacio y bebió el veneno delante del rey; al instante se puso de pie y marchó a su casa. Allí tomó los antidotos preparados con anterioridad por

sus alumnos, los cuales no dejaron de cuidarle ni un solo momento. Al tercer día, después de superado el trance, se presentó ante el rey tan sano y fuerte como de costumbre, por lo que el sultán se alegró enormemente, y le dedicó un recibimiento lleno de cordialidad, al mismo tiempo que los cortesanos se maravillaron ante el prodigio de haber sabido librarse de tan terrible veneno. El monarca llamó entonces a los demás doctores, para que cumplieran la parte que les correspondía en el trato acordado y tomaran el tóxico que les habría de administrar Maimónides. A duras penas se lo bebieron, y cuando no habían pasado más que unos minutos, murieron diez de ellos. El rey de Egipto y sus ministros se sintieron muy complacidos por la portentosa sabiduría de aquel ilustre español del que, a partir de entonces, serían amigos incluso sus propios adversarios.

Habiendo trascendido la noticia de su saber hasta el Sur, los responsables judíos ordenaron que se añadiera a la oración de cada día lo siguiente: “En vuestra vida, en vuestros días y en vida del maestro Maimónides”, perdurando hasta hoy esta costumbre en las aldeas de Oriente. Además, en el día de la Fiesta de la Ley, que es cuando se rememora con cánticos la muerte de Moisés, dicen: “Que Dios se compadezca del alma de nuestro bendito maestro Maimónides, gloria de Oriente, luz de Occidente”.

Vivió 70 años, y murió el 13 de diciembre de 1204, celebrándose el aniversario de su muerte todos los días en que se conmemora la de Moisés. ¡Que su sabiduría nos ilumine siempre!

Rasí

Antes de él hubo otro señor, que se llamaba R. Salomón Yishaquí, en abreviatura Rasí, cuyo padre poseía una joya muy valiosa; se le acercaron unos mercaderes dispuestos a comprársela por buen precio, para hacer de ella un objeto de idolatría, pero R. Yishaquí no se la quiso vender. Después de coaccionarle inútilmente, prometiendo que le pagarían más dinero del que valía, los compradores le llevaron a un barco, para obligarle en medio del mar a que se la vendiera. Y le dijeron:

—Si no aceptas lo que te pedimos, tendremos que echarte al agua.

Cuando R. Yishaquí no pudo resistir más las presiones de los compradores, prefirió arrojar la joya al mar, antes que entregársela, y Dios Bendito le libró de sus enemigos. En aquel instante, mientras sus discípulos estudiaban en la escuela que él dirigía, surgió una voz divina que dijo:

—Sabed que a R. Yishaquí le ha de nacer un hijo de excepcionales cualidades, que brillará ante los ojos de todo Israel.

Y así sucedió, pues aquel año le nació dicho vástago, al que llamó Salomón Yishaquí, que más tarde llegaría a ser hombre aventajado en el estudio de la Ley, como se desprende de los comentarios que realizó sobre la Biblia, las *Misnayot* y la *Guemará*. Pero antes de dar a conocer sus trabajos consagrados a Dios, recorrió todas las ciudades del mundo durante siete años (en este viaje se encontró con

Maimónides en Egipto), para cotejar sus interesantes explicaciones con las de otros sabios. Después de este periplo, se decidió a divulgar su obra aquí y allá, y como quedó comprobado que nadie era capaz de entender el sentido de cualquier pasaje de la *Guemará* si no reparaba en lo que había escrito Rasí, por esta razón le llamaron “Paladín de los comentaristas e intérpretes”, siendo reconocida su sabiduría universalmente, tanto entre los de su misma fe como entre los seguidores de otras creencias.

Rasí residía en París. En una de aquellas ciudades había un valiente y poderoso visir llamado Gotipredyo, hombre cruel y despiadado en su trato con los demás, el cual, al ser informado de que Rasí era persona de gran saber, le mandó recado para que fuese a su palacio. Conocedor del carácter del poderoso visir, rehusó acudir a la entrevista que se le ordenó. Cuando Gotipredyo comprendió que había desobedecido voluntariamente su mandato, montó en su carroza con un lucido acompañamiento y fue en busca de él. A la entrada de su academia, encontró las puertas abiertas; también los libros estaban abiertos, pero no halló a Rasí. Entonces empezó a gritar:

—¡Salomón! ¡Salomón!

Le respondió:

—¿Qué quiere, señor?

Le preguntó el visir:

—¿Dónde estás?

Le contestó:

—Aquí estoy.

De nuevo fue requerido:

—¿Por qué no te veo?

Le dijo:

—Estoy aquí.

El príncipe, muy sorprendido ante la situación, exclamó:

—¿Cómo? ¿Es posible que no haya aquí ningún judío?

Al momento apareció uno de los alumnos, y le respondió:

—¡Mande, señor!

—Anda y dile a tu maestro que venga. Le juro por mi vida que no le va a pasar nada malo.

En aquel instante se presentó Rasí, quien, sumisamente inclinado, se postró de rodillas ante él. El visir, al comprobar que era más listo de lo que pensaba, le ayudó a levantarse y le sentó a su lado, diciendo:

—Ahora comprendo que eres un gran hombre. Debes saber que he venido a buscarte porque quiero hacerte una pregunta importante. Intento conquistar a Jerusalem, que está en poder de musulmanes, y para esta batalla he dispuesto cien mil jinetes y doscientas naves, aparte de otros siete mil soldados de caballería que están preparados en Ecrón, para acudir con urgencia. Yo creo que voy a vencer, pues los musulmanes son poco diestros en el arte de la guerra. Pero, dime ¿qué opinas tú?

¿Presento batalla o no?

Rasí le respondió con brevedad:

—Tú vas a conquistar a Jerusalem y vas a reinar en ella tres días. Al cuarto, los musulmanes te desterrarán, y regresarás a tu ciudad con tres caballos.

El noble godo pensó para sus adentros:

—¿Será verdad lo que dice?

Y replicó:

—Has de saber, señor, que si ocurriera tal y como aseguras, pero volviera con un sólo caballo más de los que dices, daré de comer tu carne a los perros y mataré a tajo de espada a todos los judíos que se encuentran en Francia.

El visir partió y presentó la batalla prevista, teniendo que pelear durante cuatro años seguidos. Al fin venció y reinó en Jerusalem tres días. Al cuarto, fue derrotado por los musulmanes, que le obligaron a huir de la ciudad. De esta forma las palabras de Rasí se habían confirmado, con la única excepción de que eran seis y no tres los caballos con los que el príncipe regresaba del combate. Cuando iba por la mitad del camino, se dio cuenta de ello, al recordar la frase del maestro, y dijo:

—Ahora mismo iré y le mataré junto con todo su pueblo.

Pero Dios hizo que se desvanecieran las malas intenciones del visir, porque al llegar a la puerta de la ciudad, cayó una gigantesca piedra que mató a tres de los jinetes con sus respectivos caballos, teniendo, por tanto, que entrar tan sólo con los tres restantes. Muy turbado ante lo sucedido, no tuvo más remedio que reconocer que todo lo presagiado por Rasí se había hecho realidad. En seguida volvióse y, en vez de continuar hacia su casa, se dirigió a la del judío para agradecerle los buenos consejos que de él había recibido. Sin embargo, cuando iba de camino, le avisaron que ya había muerto, y se sintió muy afligido.

Rasí no tuvo más que dos hijas, a las que casó con sabios de renombre. De la mayor, esposa de R. Meir b. Samuel, tuvo tres nietos que fueron famosos: R. Samuel b. Meir, Rabbenu Tam y R. Yosef b. Meir. La segunda contrajo matrimonio con R. Yehudá bar Natán.

Rasí vivió 75 años. ¡Quiera Dios que sus buenas obras nos sirvan de ejemplo!

Como me siento obligado por el hecho de que muchas personas no están informadas acerca de quienes fueron nuestros grandes maestros en los pasados siglos, seguiré adelante, aunque me extienda más de lo previsto en este resumen de la historia de la lengua y la literatura hebreas.

Exegetas

Después de Rasí surgieron numerosos comentaristas, entre los que destacaron Rabbí Abraham ben Ezra, R. David Qimhí, R. Leví ben Gerson, R. Samuel b. Meir, R. Isaac Abravanel y R. Jacob Kul·lí; y más recientemente, merecen ser nombrados R. Moisés ben Menahem, Meir Loeb ben Yehiel Michael, Samuel David Lusato, R. Natán ha-Kohén Adler y Eliyahu ben Amuzag.

Traductores

Aparte de aquellos, es ineludible mencionar también a quienes tradujeron la Biblia a otras lenguas, sobre todo a los más importantes.

La primera versión de las Sagradas Escrituras fue realizada por los setenta ancianos, por encargo del rey Ptolomeo. Después aparecieron los diferentes tárgumes, como el de Onqelos y el de Jonatán ben Uziel, y más tarde la traducción latina de los asmoneos, llamada *Vulgata*. Con posterioridad, R. Saadías Gaón la tradujo al árabe con el título *Comentario de la Biblia*, del que se sirvieron R. Yosef n. Mígas y el propio Maimónides, que Dios los tenga en su gloria. Poco a poco, merced al esfuerzo de otros intelectuales judíos, la Ley fue trasladada a todas las lenguas del mundo, como Moisés b. Menahem (Mendelson) que la tradujo al alemán, R. Samuel ha-Kohén al francés e Isaac Samuel ReĈyo y Samuel David Lusato al italiano.

Obras en ladino. El Me'am Lo'ez

También merecen ser recordados los nombres de quienes dieron a conocer las Escrituras en español.

Puede decirse que la primera obra de este tipo es el *Libro del Justo*, que sigue el orden de las secciones del Pentateuco y se extiende hasta un fragmento del Libro de Josué. Escrito con un lenguaje conciso y claro, es de autor anónimo, porque ni en la Introducción, por la que se intuye que es obra antiquísima, consta su nombre. Por otro lado, hay que decir que este libro apareció escrito originalmente en hebreo y fue traducido en fecha desconocida.

En 1730 se imprimió el *Me'am Lo'ez*, la singular y admirable obra de R. Jacob Kul•lí, vecino de Constantinopla. En sus páginas están recogidos los mandamientos de la Ley, con sus oportunas aclaraciones, los preceptos que hay que cumplir en cada festividad y las explicaciones de las distintas secciones de la Torá. Este autor tenía la intención de comentar la Biblia completa, pero, lamentablemente, no pudo ultimar más que el Génesis y parte del siguiente libro, hasta la sección *Mispatim*, porque falleció en 1732.

Continuó su proyecto R. Isaac Magriso, a partir del lugar en donde se había quedado Kul•lí, es decir, la sección *Terumá*, y en tres tomos glosó hasta el final de Números, aunque su intención fue también haber seguido adelante.

El tercer autor del *Me'am Lo'ez* fue R. Isaac Arugeti o Argüeti, que comentó el Deuteronomio, hasta la sección *Eqeb*.

Después de dichos tres autores, nadie se preocupó de terminar el comentario en ladino de los restantes libros bíblicos, hasta que Menahem Mitrani, de la ciudad de Edirne, realizara, siguiendo el plan concebido por Kul•lí, la glosa del Libro de Josué, en dos partes, a la que tituló *Me'am Lo'ez Josué*.

Más adelante, en 1864, Rafael Hiya Pontrémoli, eminente erudito de la ciudad de Esmirna, comentó el Libro de Ester, también con el propósito de continuar

explicando los restantes libros sagrados, pero, como sucediera a los autores anteriores, relativamente joven, falleció cuando aún vivía su padre, autor de *Puerta del Santuario*, además de numerosas cartas. Al anciano Pontrémoli sucedieron dos desgracias en el transcurso de treinta días (“no se alzaré dos veces la angustia”), pues en tan corto espacio de tiempo perdió también a su otro estimado hijo, autor de *Panim ba-mispat*, libro que comenta la cuarta sección del *Sulhán Aruk*, titulada *Portal del juicio*. Su obra consta de 215 pliegos, y fue impresa, financiada y avalada por mi querido patrón, amante de la justicia y de la caridad, que son manifestaciones divinas, Salomón Roditi, hombre que dedicó toda su vida a las buenas acciones.

Después de Pontrémoli, cuando los tomos anteriores habían sido reeditados varias veces, en 1882 infundió Dios ánimos al sapientísimo profesor Rafael Meir Benbeniste, de Salónica, para que escribiera el *Me'am Lo'ez Rut*. Hacia las mismas fechas, el gran rabino del Talmud Torá más importante de la ciudad, llamado R. Abraham ha-Kohén ben Ardut, Dios lo conserve y bendiga, tradujo el pequeño libro titulado *La historia de Job*, con un lenguaje preciso y correcto. Por todo ello, ¡enhorabuena a los dos autores!, aunque hay que lamentar que todavía no hayan sido comentados en ladino la parte final del Deuteronomio, y menos aún los libros proféticos.

Justificación de la obra

Por todo lo dicho, deducimos que en las pasadas generaciones, cuando los doctores judíos comprendían que la Ley estaba en peligro de caer en el olvido por las dificultades que entrañaba su comprensión, procuraban poner remedio, cada uno según su criterio, de modo que, aunque el pueblo no estuviese suficientemente instruido para estudiar la *Guemará*, al menos podía leerla, gracias a la ciencia transmitida por personajes y obras tan relevantes como Rasí, *Fuente de Jacob*, *Midrás Sulhán Aruk*, etc. Pero lamentablemente ese proceso de recuperación religiosa que hasta ahora venía produciéndose, se ha detenido, y el mundo ha cambiado tanto que sólo unos pocos son capaces de interpretar correctamente los versículos bíblicos. Como, además, los trabajos realizados por los sabios que nos precedieron no han conseguido saciar la necesidad que la gente tiene de aprender aunque sea dos palabras de la Torá, porque unos no saben hebreo y otros, si conocen la lengua, no entienden lo que dice, cada día es menor el interés por la lectura de la Ley y mayor su abandono.

Si esto ocurre en general con todos los libros de la Biblia, con mayor motivo el *Libro de Isaías*, que fue escrito de principio a fin como una alegoría, cuyo contenido es de difícil comprensión para cualquier persona, y por lo mismo requiere ser explicado con la sencillez de un cuento. En este sentido escribió el gaón Malbim en su comentario a Isaías, capítulo 13, en *Explicación de las palabras*, que las profecías anunciadas por el profeta en forma de oráculo experimentaron mayores alteraciones

de expresión y orden que las demás, pues Dios puso en su boca distintos temas cuyo argumento, la mayoría de las veces, está narrado con un lenguaje figurado, de forma que los acontecimientos se van desarrollando como si se tratase de una parábola.

Dificultades superadas

Por las razones expuestas, comprenderá el lector cuánto hemos tenido que esforzarnos para preparar nuestro comentario y darle el aspecto de relato que alguien va contando, aunque, realmente, los conocimientos expuestos no son míos, sino de los grandes intérpretes de la Ley que existieron desde el primer hombre hasta el gaón Malbim, sin olvidar a Rasí, R. Isaac Abrabanel, los *Mesudot* y Kul•lí, de los que me he servido hasta el punto de que lo único que he hecho ha sido trasladar sus palabras del hebreo al ladino, para que el pueblo esté informado de las excelencias de la Ley, ya que la gente se está acostumbrando a leer historias traducidas del francés y del inglés al español, dejando a un lado nuestra Torá. Por tal motivo, no me ha importado afrontar las contrariedades de la obra y hacer de las noches días para poderlas escribir, teniendo que vencer el cansancio que ocasiona la penosa labor de enseñar religión a los escolares en los tiempos que corren.

Bibliografía del autor

Y como todos estamos obligados a conocer las Escrituras, porque así se dice en la *Misná*: “Sé diligente para aprender la Ley”, que comprende la Torá, los Profetas y los Hagiógrafos, según consta en la obra de *Rab Sifrá* y de R. Abahu, y en las distintas categorías descritas en *Ha-Emor*, explicadas en *Abodá Zará* 4b, por esta razón me decidí a comentar los Profetas primeros y postreros.

Como, gracias a Dios, ya he publicado los Profetas primeros, con el título *Pan de Judá*, que resumí con brevedad semejante a la del *Libro del Justo*, y ahora el presente *Libro de Isaías*, al que he subtitulado *Floración del valle, pues en él está mi Nombre* y también *Me'am Lo'ez*, para que quien lo vea sepa de qué trata, ruego al Altísimo que me dé las fuerzas necesarias para concluir los otros. Así sea.

Súplica

Tan sólo me queda pedir disculpas a mis queridos lectores por los numerosos errores que encontrarán en esta traducción, puesto que el ser humano, por su condición de mortal, siempre cometerá faltas y nunca podrá ser perfecto, como dijo el rey David: “Pero ¿quién se da cuenta de sus yerros? De las faltas ocultas límpjame”.

Nuestros lectores verán en este comentario muchas frases repetidas. La razón es que, por estar así escritas en el texto bíblico, no las hemos querido suprimir.

A quien tropiece con alguna errata, le agradeceré que procure repararla utilizando la palabra adecuada.

Por otro lado, también quisiera pedirles que no me critiquéis, con idea de alcanzar prestigio con vuestra crítica, sino que tengáis presente cuánto he padecido y, por el contrario, me justificuéis, pues “yo en Yahvé confié” y le supliqué que iluminase mis ojos ante la Ley, para que mi camino fuese el de la rectitud y la verdad sin ningún tropiezo, y mis compañeros no se alegrasen ante las deficiencias que encontrasen en mi trabajo, ni se apenasen por las burlas que dichos errores provocarían en los demás. Parecida oración hizo R. Haniná ben Dosá, cuando dijo: “Dios, Señor mío y Señor de mis padres: No permitas que mis ojos se cieguen y no pueda ver las maravillas de tu Ley, amén”. Que sea lo que Dios quiera.

Colofón

Al terminar de leer esta obra, te ruego que digas: Feliz quien coja el Libro de la Torá y lo lleve a su casa para respetar y seguir sus mandamientos, pues los valores que encierra serán, por voluntad divina, nuestro amparo y protección para siempre, amén.

Estas fueron las palabras del humilde autor de la obra. Que la suerte le acompañe.